

II Congreso de la Asociación Argentina de Sociología. Asociación Argentina de Sociología, Villa María, 2016.

Trabajo y Conflicto Social: los carreros de Córdoba y sus emociones en conflicto.

Ignacio Pellón.

Cita:

Ignacio Pellón (2016). *Trabajo y Conflicto Social: los carreros de Córdoba y sus emociones en conflicto*. II Congreso de la Asociación Argentina de Sociología. Asociación Argentina de Sociología, Villa María.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-046/147>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Trabajo y Conflicto Social: los carreros de Córdoba y sus emociones en conflicto. **Ignacio Pellón (CIECS-CONICET y UNC)**

En las últimas décadas, la ciudad de Córdoba se presenta como un escenario del proceso globalizante de industrialización-desindustrialización-postindustrialización. Los carreros ejemplifican, con sus propios cuerpos, el movimiento de millares de sujetos expulsados-atraídos del campo a la ciudad y, luego, de las fábricas a las calles. En este marco, la re-configuración de las “sensibilidades sociales” en torno a la mercantilización de la basura (mediante acciones más o menos institucionalizadas) habilita a indagar acerca de nuevas configuraciones en la estructuración social. Desde la Sociología de los Cuerpos/Emociones, se sostiene la idea de que todo conflicto que emerge (o se ausenta) en las sociedades capitalistas neo-coloniales se anuda, en primera y última instancia, al cuerpo de los sujetos en conflicto; allí se reservan las energías necesarias para la reproducción del capital y, también, las capacidades de apropiación/expropiación sensoriales del mundo. A través del análisis cualitativo de fuentes primarias y secundarias vinculadas a acciones desarrolladas por integrantes de una cooperativa cordobesa en lucha por defender sus fuentes y medios de trabajo, se propone utilizar el situacionismo metodológico para indagar el lugar de la vergüenza (Goffman, 2012) como emoción-en-conflicto. En las re-presentaciones de un sujeto-trabajador con una identidad deteriorada, la soportabilidad social (Scribano, 2007) y la vergüenza cumplen una función civilizatoria (Scribano y Vergara, 2009). Si bien los conflictos pueden “invisibilizarse” a través de la subordinación a normas socio-culturales, resulta clave reflexionar acerca de lo que queda “adentro” del sujeto, sin resolución. Por ello, en la última parte del trabajo se propone reflexionar sobre el rol de la vergüenza en el cuerpo subjetivo (Vergara, 2009), pudiendo fundirse con la culpa o la angustia, pero también siendo capaz de re-significarse en clave de orgullo.

Palabras clave: cuerpos, emociones, conflicto social, trabajo, vergüenza

Introducción:

El concepto de *cara* de Erving Goffman habilita a notar hasta que punto llega la capacidad de reflexión, de autonomía y creatividad de los agentes en escenarios tan adversos como los que presentan las sociedades latinoamericanas actuales. Las *instituciones totales*, como los internados para “enfermos mentales”, o las *conceptualizaciones sociales totalizantes*, como los *estigmas sociales*, son las expresiones máximas de “encierro” corporal estudiadas por el autor. Una primera mirada podría notar las diversas estrategias que pone en marcha el individuo “encerrado” para *recuperar y trabajar la cara*. Sin embargo, ni el “mejor” trabajador de su cara puede “controlar” lo

que representa la cara que la sociedad le adjudica. Entonces, una segunda mirada, podría indagar acerca de *cómo* se re-produce esa cara que (auto-)re-presenta a los agentes.

La actividad de los recuperadores de residuos, y la de los carreros¹ en particular, representa alguno de los “nuevos” trabajos que se re-dimensionaron y visibilizaron socialmente entorno al desmembramiento ocurrido en el mercado laboral argentino (Lisdero y Vergara, 2010). El desplazamiento de cientos de miles de cuerpos del campo a la ciudad *por y para* la industrialización, fue continuado por un proceso de desindustrialización que se inició en 1976 y se profundizó durante la década de 1990. Con el advenimiento de la crisis argentina de 2001-2002, y durante la posterior reactivación económica, miles de cordobeses encontraron “en la calle” una alternativa económica-laboral para la reproducción biológica y social.

Dichas metamorfosis del mundo del trabajo ocurren en sintonía con la creciente *mercantilización de la basura*, dando lugar a nuevos negocios vinculados a su *eliminación* y a su *valorización*. De este modo, el trabajo de los carreros, como transportadores de basuras y recuperadores de residuos, se inscribe en los primeros eslabones de una cadena de valor que finaliza en grupos económicos (nacionales y transnacionales) especializados en los servicios de higiene urbana y en la industria del reciclaje (Vergara, 2014, 2015). En este marco, la condición corporal de los carreros resulta insoslayable por contener las energías vitales que, por un lado, son necesarias como fuerza de trabajo para los “nuevos” negocios del capital y, por otro, determinan las capacidades de apropiación/expropiación sensorial del mundo: “*el sujeto definido corporalmente no solo hace, sino también siente, y en ese sentir-haciendo se vuelve más o menos capaz de apropiarse del mundo*” (Vergara, 2009: 36).

En una suerte de “continuación” del trabajo realizado por Gabriela Vergara (2009), el presente trabajo propone indagar en la vergüenza, y sus formas, a fin de interpretar las prácticas de los carreros en tanto trabajadores estigmatizados. Para ello, se consideran los nexos entre cuerpo, emociones y conflicto social propuestos por Scribano (2009, 2012). A su vez, los sentimientos son entendidos como consecuencias de las emociones, y las emociones derivan de las sensaciones, siendo estas el antes y el después de las percepciones (Scribano, 2007). El eje teórico del trabajo se estructura en el interaccionismo simbólico desarrollado por Goffman (1970, 1971, 2012), buscando las pistas de la vergüenza como emoción y su relación la política de la identidad que ponen en práctica los carreros.

Como primero supuesto de este trabajo, se sostiene que *las emociones siempre están ancladas a cuerpos* (Scribano, 2012) y que *el cuerpo es el escenario* para la interacción (Del Mónaco, 2013). A

¹ Con el término carrero se hace referencia a aquellos hombres y mujeres que conducen carros tirados por equinos y que realizan diversas actividades; entre ellas, trabajan recolectando residuos reciclables y transportando basuras.

su vez, ese cuerpo-escenario es *la sociedad hecha cuerpo* (sensu Bourdieu), por tanto, como segundo supuesto, la condición corporal del individuo “de-limita” la situación, tanto para el “encierro” y auto-coacción como para la creatividad y la liberación. Además, se considera que para conectar y tensionar *políticas de la identidad* (Goffman, 2012) con *las políticas de los cuerpos y de las emociones* (Scribano, 2009, 2012) es necesario contextualizar a los agentes dentro de los procesos estructurales que los contienen.

La estrategia argumentativa a desarrollar consiste, en primer orden, en presentar a los carreros en su condición corporal, dando cuenta de sus situaciones laborales estigmatizadas y destacando el lugar que ocupa la vergüenza como experiencia vital. En segundo lugar, se caracteriza el proceso de socialización por el cual los agentes “aprenden” a reconocer sus diferencias y a avergonzarse de ellas, consolidando el proceso civilizatorio (sensu Elías) por el cual los sujetos “hacen cuerpo las normas sociales”. Por último, indagaremos en las formas en que opera la vergüenza en el *cuerpo social* (Scribano, 2007) de los integrantes de una cooperativa de carreros de la ciudad de Córdoba². En este último punto, proponemos analizar las alienaciones exgrupales y endgrupales como desviaciones “motorizadas” por la vergüenza y el orgullo, como dos emociones en íntima vinculación.

La condición corporal del sujeto estigmatizado: la vergüenza como emoción vital

Los carreros, como trabajadores que transportan basuras y recuperan materiales reutilizables y reciclables en sus carros tirados por caballos, son presentados como actores estigmatizados que transitan y habitan “los bordes” de las sociedades latinoamericanas del siglo XXI. Históricamente, la relación la recuperación de residuos se vincula con la estigmatización y la vergüenza desde, al menos, tres aspectos. Primero, la basura reviste un carácter de *indeseable* y *peligroso* en términos de salubridad e higiene. Segundo, la pobreza y la marginalidad se ha vinculada con los basurales desde numerosas “intervenciones estatales”, dando lugar, por ejemplo, a la erradicación de villas de emergencia y basurales desde “zonas céntricas” hacia las periferias y las conurbaciones. Tercero, la desocupación, la pobreza y la vagancia aparecen vinculadas desde algunos prejuicios sociales, en donde prevalece la fantasía de que “se es pobre porque no se quiere trabajar”, a pesar de que “hace rato” que tener un empleo no garantiza que las necesidades básicas del grupo familiar estén resueltas (Vergara, 2009).

² En este trabajo se utilizarán testimonios ofrecidos por los miembros de la Cooperativa de Carreros y Recicladores “La Esperanza” y disponibles en internet, como así también notas de campo generadas mediante la técnica de observación-participante, desde agosto de 2015 y hasta el presente, enmarcadas en un proyecto de tesis propio para la Maestría en Trabajo Social (ETS-UNC).

En el caso de los carreros cordobeses, la actividad laboral de los mismos aparece vinculada también a la “inadecuación” de su medio de transporte (sosteniendo que los carros obstaculizan el tránsito); la “falta de criterio” para manipular los residuos (ante un supuesto manejo “más racional y eficiente” por parte de las empresas privadas); y ante el “maltrato animal”, implicado en el modo de tracción de sus carros³. Esta serie de *atributos desacreditadores* se encuentran adheridos a la *identidad social virtual* del carrero, mientras que su condición corporal de carrero-trabajador (su cuerpo junto al carro, el caballo y la basura-residuo) determina su papel y posición en la interacción social mixta, *inhabilitándolo para la plena aceptación social*⁴ (Goffman, 2012).

Las relaciones sociales capitalistas se caracterizan por la diferenciación, jerarquización y subordinación en función de los capitales (sensu Bourdieu) que posee cada persona. Las sociedades de este tipo establecen medios para categorizar a las personas, siendo la *identidad social* una entidad que reúne los atributos que “le corresponden” a cada persona. Por un lado, la *cara* representa la imagen de la persona en términos de los *atributos socialmente aprobados*. Este valor social positivo, puede ser reclamado por el individuo siempre que mantenga una línea acorde a su condición social y corporal (Goffman, 1971). Por otro lado, el *estigma* se representa con atributos que se apartan negativamente de las expectativas de normalidad. El individuo que exhibe o posee un *atributo desacreditador*, en términos sociales, “*no es totalmente humano*” (Goffman, 2012).

Entonces, si la cara es un préstamo (socialmente positivo) que la sociedad le concede a la persona para la interacción ritual, el estigma sería una contra-cara, una deuda (socialmente negativa) que se adhiere a su identidad social y la degrada. En el caso del individuo estigmatizado, reconocer la deuda y mantener la línea intentando saldarla es una vía posible pero no resolutoria, porque la *identidad social virtual* se re-produce en los prejuicios y estereotipos socialmente conceptualizados, no necesariamente vinculados a la *identidad social real* del individuo particular. Los “normales”, con quienes el estigmatizado comparte la sociedad, no lo *aceptan* plenamente ni están dispuestos a establecer un contacto en *igualdad de condiciones* (Goffman, 1971, 2012).

La situación vital del individuo estigmatizado pasa por la “*aceptación*” de su condición, cuando *interioriza* las normas sociales, *naturaliza* el trato “desigual” que recibe y *se hace eco del rechazo* al descubrir que algunos de sus atributos “lo justifica”. “*La vergüenza se convierte en una posibilidad central, que se origina cuando el individuo percibe uno de sus atributos como una posesión impura*”

³ Si bien generalmente se recrimina el hecho de que los caballos tengan que hacer fuerza, o “excesiva” fuerza, los casos de caballos en malas condiciones físicas son noticias frecuentes, vinculadas a nuevas sensibilidades sociales de los “derechos de los animales”, motorizadas principalmente por los medios de comunicación de masas, como así también por diversas organizaciones y movimientos que se abocan a la “protección animal”.

⁴ En *Estigma. La identidad deteriorada*, Goffman (2012) centra su atención en los *contactos mixtos en copresencia*, es decir, en la interacción cara a cara entre “normales” y estigmatizados; siendo “normales” todas las personas que no poseen un atributo desacreditador.

de la que fácilmente puede imaginarse exento” (Goffman, 2012: 20). La vergüenza es la emoción vital de la persona que sostiene las mismas creencias que los “normales” y que tiene la sensación de no ser una persona “normal”. Este conflicto emocional puede llevar a la *evitación* de los contactos mixtos (por sensaciones de inferioridad o inseguridad), al *retraimiento defensivo* (junto a una hiper-sensibilización del *tacto*⁵), a *odiarse y denigrarse* cuando se está solo, o a “quedar solo”, cuando la sociedad lo trata como una “no persona” (como alguien que no es digno de atención ritual).

Al aceptar que “no es como debería ser”, el agente interioriza la mirada de los otros en su propio cuerpo. *Sostener las normas sociales e intentar llevarlas a cabo*, implica que las coacciones y el control social (como intervenciones “externas”) pierden terreno ante las auto-coacciones vinculadas a los miedos que aumentan al interior del sujeto y que operan de manera automática (Vergara, 2009). Es la misma condición corporal del sujeto, la que “hace cuerpo normas”, lo que imposibilita llevarlas a cabo cuando uno de sus atributos o prácticas reproduce los comportamientos estereotípicos vinculados al estigma. Durante la etapa adulta, las personas viven por *organización refleja del yo* (sensu Giddens), por lo cual, la vergüenza es “la” emoción que alcahuetea las tensiones con la integridad del yo (Vergara, 2009).

En el próximo apartado abordaremos un proceso decisorio en la vida del sujeto estigmatizado. Existe una tendencia a que los individuos pasen por las mismas experiencias de aprendizaje relativas a su condición de estigmatizados y por las mismas modificaciones en la concepción del yo, Goffman (2012) llama *carrera moral* a este proceso de socialización. Las relaciones entre normas sociales y ajustes personales, modifican la concepción del yo en medio de diversas tensiones emocionales entre la vergüenza y el orgullo, por ello, la relación del individuo con las comunidades informales y las organizaciones formales constituye un aspecto decisivo en su carrera moral.

El proceso de aprendizaje de las “diferencias vergonzosas”: el (auto-)re-conocimiento desde la vergüenza de ser “distinto”

Cuando un atributo “particular” es conceptualizado socialmente como un diferencia totalizante, la sociedad encuentra un medio para dividir los roles y posiciones sociales que “le corresponden” a cada uno. Para quien porta un estigma social, la sociedad aparece dividida (física y socialmente) entre *los extraños*, los “normales” que aparecen como una amenaza a la intimidad; *sus “pares”* (otros sujetos que poseen los mismos atributos corporales negativos); y *los íntimos* (aquellos

⁵ Goffman describe al tacto como la capacidad del individuo en interacción que le permite saber cuándo una situación “está en peligro” y cuando los otros están creyendo el papel que está interpretando. El tacto que, generalmente, habilita a salvar la situación en momentos críticos de la interacción, en el caso del individuo estigmatizado, se acrecienta por la sensación de estar expuesto ante la mirada de los otros. Esta hiper-sensibilización aumenta su receptividad para captar lo que los otros piensan “en realidad” de los que son como él.

“sabios”, militantes y protectores frente a los cuales la carga se hace “menos pesada”). La relaciones del estigmatizado con estos grupos, de manera más o menos formalizada, resulta decisoria en su carrera moral.

En la sociedad cordobesa, las políticas públicas y las legislaciones vigentes –conectadas al despliegue de sensibilidades sociales que las complementan y profundizan– señalan que para ser “incluidos”, laboral y socialmente, los carreros deben organizarse formalmente en cooperativas. Por un lado, esto se corresponde a las metamorfosis ocurridas en el mercado laboral, donde las cooperativas serían las organizaciones formales que permiten profundizar el trabajo *tercerizado-precarizado* que realizan los recuperadores de residuos dentro de la industria del reciclaje (Lisdero y Vergara, 2010). Por otro lado, el accionar policial y las prácticas persecutorias de algunas organizaciones sociales –en sintonía con “nuevas” sensibilidades animalistas y misantrópicas– “encierran” física y socialmente a los carreros, quienes encuentran en la organización cooperativa un modo de resistencia colectiva (Pellón, 2015).

En este trabajo, nos interesan las conceptualizaciones sociales totalizantes que degradan la identidad de los carreros en tanto trabajadores. Si bien las prácticas de los sujetos se encuentran atravesadas por el estigma de “ser carrero”, aquí se exploran aquellas situaciones en las que el carrero es presentado *como trabajador estigmatizado*. En este sentido, la carrera moral a la que se somete la concepción del yo se inicia al *tomar conocimiento del punto de vista de los “normales”*. Saber cuáles son los atributos desacreditadores que los “normales” le atribuyen a los carreros es el primer paso para poder avanzar al siguiente: *saber-aprender que como carreros-trabajadores están descalificados socialmente*. Estos primeros pasos del proceso de socialización del yo, pueden resumirse en conocer las normas sociales, sostenerlas y predisponerse a llevarlas a cabo (Goffman, 2012).

Como ya destacamos en el anterior apartado, la vergüenza es una emoción central en este proceso de corporizar las normas sociales que indican que uno es diferente y que esa diferencia es vergonzosa. Los prejuicios como forma de *control social* sobre algunos sectores de la sociedad, son interiorizados por los actores y su yo se modifica y re-organiza en la subordinación a la mirada de un otro superior (Vergara, 2009). Si el carrero-trabajador se resignara a habitar ese pequeño mundo que “le corresponde”, si sus deseos quedaran circunscriptos a “los bordes” de la sociedad, a la vida en villa, en la miseria y en la marginación, allí acabaría su carrera moral. Sin embargo, la vergüenza alcahuetea los sentimientos vinculados a sentirse parte de la sociedad que lo rechaza⁶.

⁶ Los relatos de gitanos y de otros “pícaros desvergonzados” son mencionados por Goffman (2012) para ejemplificar las situaciones de sujetos que por apartarse de la norma portan un estigma pero que “no se interesan” en sustentar esa norma ni en llevarla a cabo.

Los últimos dos pasos de la carrera moral, suceden de una manera aún más compleja. Analíticamente, se puede distinguir un momento en el cual el individuo *aprende a encubrirse* y, otro, en el cual *aprende a enfrentar y manejar situaciones de estigmatización*. El *enmascaramiento (covering)* es una estrategia frecuente, similar al encubrimiento, en la cual el individuo se esfuerza en que el estigma no se note demasiado. Para ello, el actor debe desarrollar su capacidad de receptor “lo que piensan los otros” y conocer “mejor que nadie” los estereotipos asociados a su estigma. El manejo de la *información social*, que siempre es reflexiva y corporizada, es el centro del auto-entrenamiento del individuo estigmatizado, aumentando su *perceptibilidad* y autocontrol.

Un individuo que se encubre, divide espacial y socialmente su entorno, alejando el mundo de la intimidad y el mundo del “afuera”. Sin embargo, el encubrimiento aumenta el conflicto y las tensiones emocionales al interior del sujeto. Manejar su estigma como un secreto, implica desarrollar una especie de *doble vida*, en la cual el individuo es presionado psíquica y emocionalmente por una doble adhesión. Así, la identidad personal y la social dividen y “parten” el mundo del estigmatizado en dos. En estos casos, la vergüenza y la inseguridad llegan a niveles “insoportables”, ya que la presentación social, como un individuo “digno” y seguro, se hace a expensas de las auto-coacciones al propio cuerpo (Goffman, 2012).

Distintas situaciones y experiencias vitales marcan el proceso de socialización al que se somete al yo. En algunas ocasiones, la tensión del encubrimiento logra disiparse al descubrirse voluntariamente. La etapa *madura y final* en la carrera moral, consiste en superar el encubrimiento y sentir que uno debe *aceptarse y respetarse con su defecto*. En algunas ocasiones, los *símbolos de estigma* se re-significan como *símbolos de estatus*. Por ejemplo, la vergüenza de pasar frente a otros manejando un carro puede “convertirse” en orgullo cuando uno mismo, o el carro, exhibe un distintivo que indica la pertenencia a una organización valorada socialmente como importante.

El proceso de aprendizaje por el que pasa su concepción del yo, se presenta signado por una vergüenza que disminuye, por las “nuevas” sensibilidades sociales favorables al reciclado de los residuos, y una vergüenza que se acrecienta ante “nuevos” embates sociales en nombre del “derecho animal” y del “trato digno” a los caballos. Por otro lado, la presión que ejercen las normas sociales interiorizadas puede dar origen al orgullo, como una emoción que potencia la re-significación de las diferencias vergonzosas. No obstante, cuando los estigmas sociales son muy fuertes, el *encubrimiento* es la “única” estrategia posible para atenuar las diferencias que el cuerpo evidencia.

Los individuos que se enmascaran “*necesitarán informarse acerca de la estructura de la interacción para conocer las líneas sobre las cuales deberán reorganizar su conducta si desean minimizar la intromisión de su estigma*” (Goffman, 2012: 132). El *enmascaramiento* implica una constante negación y afirmación de la *identidad social virtual* del carrero, en la *ambivalencia* de *ser-y-no-ser*

“carrero” y *ser-y-no-ser* “normal”. El cuerpo social, entonces, aparece “de-limitado” por la vergüenza y el orgullo, en clave de *soportabilidad social* (Scribano, 2009, 2012). Si “la sociedad” indica que “los carreros son maltratadores”, hay que buscar y despreciar a esos carreros. Si “la sociedad” dice que “trabajar con la basura mejora la sociedad y el medio ambiente”, el carrero debe sentirse orgulloso de su trabajo, pese a las pésimas condiciones materiales y sociales en las que se realiza.

En el siguiente apartado, se indagará en las formas que toma la vergüenza como *emoción-en-conflicto*, dinamizada por las tensiones que generan las normas sociales en el *cuerpo subjetivo* (Scribano, 2007) del carrero-trabajador. Cuando es una voz extraña la que modela el *sí mismo* (Goffman, 2012), la prácticas de alienación exogrupal y endogrupal se naturalizan en el quehacer cotidiano. Si bien, el orgullo puede “alivianar” la carga del estigmatizado, “descargando” la estigmatización *contra otros*, el orgullo, como emoción colectiva que se siente y se práctica *con otros*, también da lugar a prácticas intersticiales que permiten “salirse” del encierro expropiatorio que despliega el capital.

El cuerpo subjetivo y las tensiones de las políticas de la identidad: algunas formas de las emociones-en-conflicto en los carreros-trabajadores

La *política de la identidad* es un proceso complejo y permanente en la vida del actor estigmatizado. El cuerpo del individuo constituye un recurso fundamental para dicha política, en tres dimensiones que pueden ser distinguidas analíticamente. El *cuerpo individuo*, representa el cuerpo orgánico y su articulación con el medio ambiente; el *cuerpo subjetivo*, con su centro de gravedad en el “yo”, teje y tensiona las subjetividades que se re-configuran por las capacidades de autorreflexión del agente; y el *cuerpo social*, que podría resumirse, *sensu* Bourdieu, en “lo social hecho cuerpo” (Scribano, 2007b). En este apartado, haremos foco en el cuerpo subjetivo y los conflictos emocionales que se generan con cada política de la identidad.

Las posibilidades de *adoptar una línea correcta*, que permita al individuo estigmatizado ser “un adulto digno y respetuoso de sí mismo”, derivan de las tensiones que se dan en sus políticas de la identidad. Para llegar a dicha línea “correcta”, el agente debe aceptar un *sí mismo (self)*; “*pero este sí mismo es necesariamente un habitante extraño, una voz del grupo que habla por y mediante él*” (Goffman, 2012: 156). En el caso de los individuos estigmatizados, esa voz extraña suele provenir de dos grupos distintos. Por un lado, esta “su” *grupo natural*, conformado por sus compañeros de infortunio, con quienes alguna *diferencia vergonzosa*. Por otro lado, está *la sociedad*, el mundo de los “normales”, al cual se adhiere por el mero hecho de ser una persona como cualquier otra.

Las tensiones entre esas dos voces que habitan el sí mismo del agente, en situaciones de interacción específicas, se resuelve dando prevalencia a uno de los dos grupos. Esto ocurre en función de si la *diferencia vergonzosa* se manifiesta o no corporalmente y de la *información social* disponible. Se podría afirmar que siempre existe cierto margen para el *enmascaramiento* (*covering*) porque siempre hay alguna información corporal y social que se puede ocultar o disimular. Sin embargo, Goffman identifica que los individuos tienden a adoptar una política de la identidad que privilegia a uno de esos dos grupos. Cuando es la voz del grupo “natural” la que prevalece, el sujeto se adentra en la *alienación endogrupal*; cuando “lo normal” predomina, se trata de una *alienación exogrupal* (Goffman, 2012).

En un marco donde los aspectos más íntimos de la vida de los carreros aparecen como asuntos públicos, “ampliamente conocidos” el enmascaramiento implica manejar grandes volúmenes de información. A su vez, se desarrolla un *tacto* “híper-sensible” capaz de “tocar” las sensibilidades sociales y de percibir lo que “realmente” piensan los demás acerca de su persona. El cuerpo social, entonces, aparece “de-limitado” por la vergüenza y el orgullo en clave de *ser/no-ser*. La forma vergüenza/orgullo es presentada aquí como *emoción-en-conflicto* porque, en diversas situaciones señalan que surge *por* y *para* el conflicto.

En los siguientes sub-apartados, exploraremos las ambivalencias emocionales que operan al interior del carrero-trabajador, en relación a la *política de la identidad* (Goffman, 2012) y a las *políticas de los cuerpos/emociones* (Scribano, 2009, 2012). Las tensiones entre algunas formas de vergüenza y de orgullo, serán las vías de acceso a “observar” en algunos discursos y prácticas de los miembros de una cooperativa de carreros de Córdoba.

- **La alienación exogrupal y la vergüenza de ser distinto**

Por otro lado, el cuerpo subjetivo del carrero-trabajador es, entonces, habitado por las prohibiciones sociales, funciones de vigilancia de los instintos que son aprendidas y aprehendidas para la vida en sociedad. La política exterior, como lógica de racionalización que modela el súper-yo, aparece interiorizada en la vergüenza (*sensu* Elías). Con el *sostenimiento de las normas sociales*, representado en el súper-yo, en el agente se *avergüenza* para *llevarlas a cabo* y siente *desagrado* cuando es otro el que amenaza con infringirla. La vergüenza y el desagrado operan así como auto-coacciones que se activan de manera automática al entrar en “zonas de riesgo” (Vergara, 2009).

La *alienación exogrupal* implica la desviación del yo hacia posiciones que privilegian la pertenencia al mundo de los “normales”. Goffman (2012) indica que esta política de la identidad adopta un *lenguaje psiquiátrico*, en el cual, el individuo se esfuerza por lograr un *buen ajuste*, consistente en representar el papel asignado y el mantenerse su lugar. Como parte del auto-entrenamiento, la

vergüenza y las auto-coacciones aumentan con la *normificación* como límite⁷. Esta vergüenza en expansión se representa en la *purificación endogrupal*, en el esfuerzo por *normificar* su propia conducta y por corregir a “sus pares”. A su vez, la vergüenza toma forma de *culpa* cuando se refiere a los propios comportamientos estereotípicos, haciéndose eco del rechazo al ver que algunos de sus atributos “lo justifica”.

C.: - (...) nosotros vamos a presentar una contrapropuesta al artículo 228, primero, tratando de cuidar al vecino, que el vecino es el que nos da trabajo, porque si el Estado no nos da y hay un vecino que nos da, este... entonces, creo que eso nos sirve para, para tener un salario o tener algo por lo menos para llevar, porque somos informales pero no por culpa de nosotros...⁸

Esa misma vergüenza en aumento, es sensación de culpa ante los actos propios y de tolerancia y amabilidad hacia los “normales”. Mientras se protege a los “normales”, la adopción de su punto de vista se manifiesta en las sensaciones de *desprecio* y la *repugnancia* al ver que uno de “sus pares” reproduce algún comportamiento estereotípico. La mirada del “otro” (de los “normales”) opera dentro de cada uno y del grupo, al estar “entre pares” se busca y se juzga al que tiene el “caballo flaco”, al que “trabaja poco” o al que no provee “como corresponde” a su familia. La alienación exogrupal y la purificación endogrupal, operan junto a las crecientes emociones de vergüenza y desprecio, que se “motorizan” por la esperanza de lograr un *buen ajuste*.

La situación especial del estigmatizado reside en que por una parte la sociedad le dice que es miembro de un grupo más amplio, lo cual significa que es un ser humano normal, y por otra, que hasta cierto punto es “diferente” y que sería disparatado negar esa diferencia. La diferencia en sí deriva, por cierto, de la sociedad, pues por lo general una diferencia adquiere mucha importancia cuando es conceptualizada en forma colectiva por la sociedad como un todo (Goffman, 2012: 156).

Poseer una diferencia vergonzosa implica que, aún cuando se logre “el mejor ajuste posible”, situación de interacción se presentará *como-sí* fuese entre iguales, pero “en realidad” estará sostenida en una *aceptación fantasma*. Es decir, el individuo debe actuar y sentir *como-sí* la aceptación condicional fuese aceptación plena. La *normalidad fantasma*, se advierte en las emociones de culpa y angustia, por la renuncia a “la propia esencia” y el compromiso del yo con una audiencia que espera

⁷ Para Goffman, la normificación es el límite del esfuerzo que puede hacer el individuo para ser aceptado socialmente. Si se esfuerza demasiado, puede dar la impresión de estar negando su diferencia, lo cual implica poner en peligro la situación. En la alienación exogrupal, es importante mostrarse alegre y amable, como si la carga no fuese opresiva para el individuo estigmatizado.

⁸ Entrevista realizada en el programa televisivo “Bien despiertos”, Canal 10, marzo de 2015, Córdoba. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=C2kB247aMas>

ansiosa una nueva función. Las auto-coacciones se ven recompensadas, en clave de *soportabilidad social*, por el orgullo de “ser mejor que otros” y el sentirse parte de la sociedad que lo subordina.

- **La alienación endogrupal y el orgullo de ser distinto**

Por otro lado, en el *cuero subjetivo* del agente estigmatizado pre-existen *funciones instintivas* o de *autodefensa* que se redimensionan ante las fuerzas de una sociedad que lo expulsa y lo margina (Vergara, 2009). El lugar que ocupa su clase (él y “sus pares”) dentro de la estructura social condiciona lo que el individuo es o podría ser. La organización colectiva, más o menos formal, entre “compañeros de infortunio” emerge como una vía para poder ser “alguien real y digno”. La emergencia de *representantes del grupo* y la *profesionalización* se vinculan a los sentimientos de orgullo que permiten re-significar, políticamente, el papel del carrero-trabajador estigmatizado.

Su desprecio por una sociedad que lo rechaza se comprende solo en función de la concepción que esa sociedad tiene de la dignidad, del orgullo y de la independencia. En resumen, a menos que exista alguna cultura diferente en la cual refugiarse, cuanto más se separe estructuralmente de los normales, más se parecerá a ellos en el aspecto cultural (Goffman, 2012: 145).

La *alienación endogrupal* se caracteriza por un *lenguaje político*, en donde la vergüenza se “invierte” en forma de orgullo. Por un lado, en la vida endogrupal, la ausencia de la mirada del otro (el “normal”) da lugar a que aflore el orgullo (Vergara, 2009). Sin embargo, Goffman advierte sobre los peligros de la militancia y la profesionalización *de y desde* las diferencias vergonzosas cuando no se acompaña por una cultura distinta a la “normal”. Cuando la desviación del yo se produce *en y para* el antagonismo, el *orgullo* de sí mismo se sostiene “peligrosamente” por el *desprecio* al otro.

Estar “más organizados” que otros carreros, “meterle el pecho” a cualquier trabajo porque “peor es robar” re-significa y hace “más soportable” el trabajo precarizado, tercerizado y estigmatizado. El reconocimiento “oficial” por trabajar mejor que “otras cooperativas” e, inclusive, que los “empleados municipales” (formales y “normales”) recubre las prácticas de cáscara de orgullo que endulza la pertenencia a ese mundo más pequeño, pero con la idea de *sostener y llevar a cabo las mismas normas sociales*.

C.: - (...) desgraciadamente hay gente que no se cooperativiza, que no acepta el sistema de trabajo el cual tenemos, donde, o no quiere acatar las exigencias de que un caballo tiene que estar bien de salud para trabajar, para no comerse eh... tantas críticas.⁹

Por un lado, el orgullo hace soportable las convivencia con el estigma, cuando el *sí mismo* se espeja *contra otro*, del cual se quiere diferenciar, y puede reproducir “desde el borde”, la mismas normas

⁹ Entrevista realizada en el programa televisivo “Bien despiertos”, op. cit, 2015.

sociales de dominación. No obstante, otras formas de orgullo, como emoción colectiva, por ejemplo, con el reconocimiento de un *sí mismo con otros* habilita a nuevas re-significaciones en la política de la identidad. Cuando lo que puede ser visto como una alienación endogrupal se cruza con otra cultura –ya sea “nueva” o pre-existente– la vida colectiva en esa sub-comunidad da lugar a cierto tipo de resistencias que se apartan de “lo esperado”. La desafiliación respecto a las normas establecidas habilita a que los *desviados sociales* conformen lo que Goffman (2012) llama *comunidad desviada*.

La comunidad desviada se caracteriza por rechazar el rol y/o el lugar asignado socialmente. Por un lado, el orgullo puede llevar a creer que “no somos iguales a los normales, somos mejores”, pero por otro lado, habilita a verse como “normales rebeldes” capaces de pensar(-se) en otros modelos de existencia. Sostener y llevar a cabo *otras normas*, ubica las prácticas y a los sujetos en espacios donde las diferencias no se niegan pero dejan de ser vergonzosas. Los esfuerzos, individuales y colectivos, por practicar con “otros pobres”, “otros carreros”, “otros vecinos” y “otros trabajadores” la misma solidaridad que entre “pares” (entre los socios de la cooperativa), es un ejemplo de estas prácticas intersticiales que, al modificar “lo deseado”, indeterminan la distancia entre deseo y posibilidad.

A modo de cierre-apertura, podemos sostener que el enmascaramiento no opera solo “hacia afuera”, con respecto a *otro*, sino también es *un enmascaramiento de sí mismo*. El *sí mismo* aparece, entonces, como dentro de un domo en donde una *multiplicidad de yo es* interpretan sus líneas sin descanso. Ante estos domos que son las sociedades capitalistas actuales (y que se re-producen en el propio cuerpo) los “*otros*” *modelos de existencia* representan puertas, para “salir” y para hacerse a *sí mismo* fuera del capital. Por ello la apuesta de trabajar, desde las ciencias sociales, *en y desde* “los bordes” y *en y desde* los cuerpos/emociones, se sostiene en la “intuición” de que allí puede accederse a esas puertas. Las cuales efectivamente existen porque, pese a la alienación de nuestras subjetividades, nuestro cuerpo no está hecho por el capital.

Bibliografía:

Del Monaco, R. (2013). “Lo importante es mantener la situación”: cuerpos y emociones en las interacciones desde Erving Goffman. A. Scribano (Comp.), *Teoría Social, Cuerpos y Emociones*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. pp. 101-117.

Goffman, E. (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, págs. 11-47

____ (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

____ (2012). *Estigma: la identidad deteriorada*. – 2° ed., 2° reimp. - Buenos Aires: Amorrortu.

Lisdero, P. y Vergara, G. (2010). Promesas y desencantos de los “nuevos” trabajos: un análisis de los mecanismos de sujeción en los recuperadores de residuos. *Pensamento Plural*, (6), 97-121.

Pellón, Ignacio (2015). “*Residuos, carreros y sociedad: la demanda animalista y sus mediaciones y regulaciones respecto al conflicto por la basura*”. Ponencia presentada en el XIII Encuentro de Jóvenes Investigadores. Fundación El Colegio de Santiago / CONICET / FHCSyS-INDES-UNSE. 7, 8 y 9 de octubre de 2015. Santiago del Estero, Argentina.

Scribano, A. (2007a). Mapeando interiores. Cuerpo, conflicto y sensaciones. Córdoba: CEA-CONICET-Universidad Nacional de Córdoba/Jorge Sarmiento Editor.

____ (2007b). La sociedad hecha callo.

____ (2009). ¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones? A Modo de Epílogo. C. Fígari y A. Scribano (comps.) *Cuerpo (s), Subjetividad (es) y Conflicto (s) Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*, CLACSO-CICCUS, 141-151.

____ (2012) Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudio sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. N°10, Año 4. Diciembre 2012 – Marzo 2013. Argentina. pp. 93-113.

Scribano, A.; Vergara, G. (2009). FEOS, SUCIOS Y MALOS: la regulación de las emociones en Norbert Elías. Cuaderno CRH, vol. 22, núm. 56, mayo-agosto 2009, pp. 411-422. Universidad Federal da Bahía. Salvador, Brasil.

Vergara, G. (2009). Conflicto y emociones. Un retrato de la vergüenza en Simmel, Elías y Giddens como excusa para interpretar prácticas en contextos de expulsión. En FIGARI, C.; SCRIBANO, A. (Orgs.) *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica* (1ª ed.). Buenos Aires: CLACSO-CICCUS. pp. 35-52.

____ (2014). Estructuración, prácticas y sensibilidades en los recuperadores de residuos (Córdoba, Argentina). *Boletín Científico Sapiens Research*, 4(2), 45-50.

____ (2015). *Recuperadores, residuos y mediaciones. Análisis desde los interiores de la cotidianidad, la gestión y la estructuración social*. Vergara, G. (Compiladora). C.A.B.A.: Estudios Sociológicos Editora.